



Columna



Fr. Cristián Eichin Molina OFM

Vice Gran Canciller, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

El gesto del Jueves Santo como camino cívico

En un tiempo marcado por una profunda crisis ecológica y social, en medio de tensiones que polarizan y fragmentan nuestra convivencia, la Cuaresma y la Semana Santa emergen como una valiosa oportunidad para la reflexión y la renovación espiritual. Lejos de ser un recuerdo de un pasado, gracias a la liturgia estos días invitan a volver a lo esencial y a repensar los valores que sostienen nuestra humanidad.

“La Iglesia debe mantener encendida la llama de la esperanza. No como evasión ingenua, sino como fuerza real que anima a mirar al futuro con confianza, mente abierta y corazón dispuesto”.

amor. No excluye, sino que reconcilia. Desafía la cultura de la autosuficiencia y abre un camino de comunión en la diferencia.

lores que sostienen nuestra humanidad.

Dentro de la Semana Mayor, el Jueves Santo tiene un lugar central. En la Última Cena, Jesús se abaja (kénosis) y lava los pies de sus discípulos -incluido Judas- como signo radical de cercanía, humildad y servicio. Este gesto, narrado por el evangelista Juan, no es de poder, sino de

En un año marcado por elecciones presidenciales y parlamentarias, este gesto cobra especial sentido. Lavar los pies es símbolo de una escucha humilde y activa, de una nueva conciencia que se expresa en el diálogo fraterno, en el servicio a los demás y en la búsqueda del bien común. En este sentido, la fe no puede recluirse en lo privado: debe animar con esperanza la vida pública.

En el marco del Jubileo de la Esperanza convocado por el Papa Francisco, la Última Cena nos ofrece una pedagogía para el presente: una forma de enfrentar el egoísmo, la desconfianza y la crispación que tantas veces marcan nuestra política y sociedad.

Todos estamos llamados a construir este camino. Quienes aspiran a ejercer cargos públicos deben recordar que el diálogo persistente, aunque no haga titulares, transforma más que los conflictos. Y los creyentes, desde nuestra fe, no buscamos imponer, sino ofrecer caminos de justicia, paz y fraternidad.

La Iglesia, por su parte, debe mantener encendida la llama de la esperanza. No como evasión ingenua, sino como fuerza real que anima a mirar al futuro con confianza, mente abierta y corazón dispuesto.

Vivir la Semana Santa es abrazar la certeza de que Jesús sigue presente en la historia por medio del Espíritu Santo. Como recordó Benedicto XVI, “si los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, es porque los desiertos interiores se han extendido”.